

En *Medio* de la historia

Aquí estoy.

No me muevo, pero escucho. Desde mi roca de bronce en el campus javeriano, he resistido el sol, la lluvia, los tiempos buenos y los inciertos. El bronce, dicen los que saben, es más fuerte que el cobre, menos quebradizo que el hierro, y no se oxida con facilidad, lo cual es bastante útil en esta lluviosa ciudad. Yo no me oxido, solo observo, escucho, aprendo. Y mientras veo pasar generaciones y el retorno de varias, me pregunto si lo que me sostiene es esta gran roca a la cual le debo mi apodo. ¿Será este mi gran soporte? ¿Le debo mi resistencia a la aleación de metales? ¿O se trata de algo más fuerte que se ha forjado a mi alrededor? Un sentir, una forma de vivir... un secreto a voces que responde al nombre de Medio universitario.

No, no es un lugar. Ni una oficina, (bueno, también lo es, pero esa es otra historia). No es una definición encerrada en manuales ni una lista de servicios. El Medio es más como el calor de una manta compartida, como una mirada que sostiene, como un gesto que no pide nada a cambio. Es lo que cuida. Lo que acompaña. Lo que permanece cuando todo lo demás cambia. Y yo lo observo.

Es verdad que desde aquí es poco lo que puedo ver, mis ojos no alcanzan a ver todas las historias, pero recuerdo las más importantes. Sus voces. Grietas que hablan. Porque el Medio no se mide; se vive.

Una de estas voces es la de Nadia, quien llegó con la suavidad de quien ha cuidado tanto con sus manos como sus palabras. Enfermera y profesora, encontró en la capilla del cuarto piso del Edificio 67 un santuario que le devolvió algo de su infancia: el recuerdo de su abuela. Allí lloró, como si su alma encontrara por fin un lugar donde ser vista sin miedo. Se siente en casa ahí, pero también en la sala de cirugía, la cual es también su templo, donde enseña sin ceder en exigencia, pero con el corazón abierto.

Viene de otras universidades donde el acompañamiento se sentía lejano. Aquí encontró algo distinto: un medio que no se firma, se siente, pero que tiene mucho camino por recorrer todavía. Aún la habita el recuerdo de una estudiante brillante de su pasado a

quien no pudo ayudar como lo hubiera deseado. Esa herida la convirtió en guardiana: quiere enseñar desde la escucha, sin regalar respuestas, pero tampoco sin voltear la mirada. “Un docente no es un supervisor. Es un facilitador con misericordia”, me susurra en su paso diario hacia su sala de cirugía dispuesta a seguir enseñando cada día un poco mejor.

Igual que Nadia, Angela no nació javeriana, pero lo es de corazón. Lo supo cuando una agenda con el escudo de esta universidad cayó en sus manos años atrás, como si el destino jugara a dejar migas en el camino. Hoy, su lugar favorito es un edificio oculto entre otros más ruidosos, ese que la acogió en silencio y la hizo sentirse parte.

Para ella, el Medio es un lugar seguro, un lugar donde las personas buscan ser cuidada en cuerpo, mente y espíritu, de donde salen sintiéndose mejor. Pero se pregunta quién cuida a quienes cuidan. ¿Y los estudiantes virtuales? ¿Y los funcionarios que no figuran en las estadísticas? Le preocupa que el CAPS no alcance, que los esfuerzos no lleguen a todos, que aquellos que lo dan todo se agoten y no encuentren el cuidado que tan generosamente dan a otros. No sabe todas las respuestas, pero sabe que el primer paso es hablar de ello. Reconocer donde se puede crecer, donde se puede, y se debe, mejorar. El Medio, después de todo, es un poco el alma de la Javeriana. Y el alma también puede agotarse si esta no se cuida.

Tan solo a unos pasos de Angela veo a Laura quien ha sentido otra forma de sanar en este espacio. Sus jefas le enseñaron que el trabajo también puede ser amor. Pero tiene la misma pregunta que Angela ¿cómo cuidamos a quienes cuidan? Ella, que acompaña a estudiantes y docentes, también necesita respaldo, y aunque la institución está presente, no siempre alcanza.

A pesar de esto, ella cree. Cree en la posibilidad de construir una red de cuidado colectivo. Cree en conversaciones que le recuerdan que no está sola. El Medio, para ella, es un puente entre lo profesional y lo humano. “Caminar acompañados”, dice, “eso es Javeriana”. Y el Medio es ese camino compartido que permite no derrumbarse mientras se sostiene a otros.

Si pudiera suspirar, lo haría escuchando estas historias y sus angustias, pero es entonces cuando vibra en mí la melodía de las voces, el canto, la Tuna y pareciera que el día se vuelve más soleado. Y en medio de esta alegría distingo a Gabriela, quien sonriendo se une a su grupo y continúa cantando. Gabriela es de las que vive el Medio como quien vive un privilegio, un regalo, un tesoro escondido a simple vista. Está estudiando Ingeniería y es parte activa de espacios como el CJFD, CAPS, gestión cultural y, sobre todo, la Tuna, con quienes ha recorrido el mundo cantando con la bandera javeriana al pecho. Tres veces ha salido del país gracias al Medio, y más veces ha salido de sí misma para encontrarse en comunidad.

Ama esta universidad. No quiere irse. Pero le duele que tantos no se acerquen al Medio, que los estudiantes pierdan la curiosidad, que haya sesiones sin su presencia cuando todo lo que se busca es escucharlos a ellos. ¿Cómo es posible, se pregunta, que algo tan valioso no despierte interés? Sabe que su vivencia no es la norma. Por eso repite como quien alerta: “El Medio necesita participación para no extinguirse. El Medio, es lo que da verdadero significado a la universalidad de esta universidad”. Me gusta como lo expresa, ella lo sabría bien, pues un día me confesó que fue gracias a este por el que decidió estudiar aquí. Ojalá otros piensen igual.

Otra que vive el Medio y la Javeriana a flor de piel es Luciana, quien ha hecho actividades para su facultad por años, pero sabe que este sentir no puede quedarse ahí. Quiere que se vuelva parte del ser. Que los estudiantes, incluso los egresados, se sientan abrazados por una universidad que no los suelta. Trabaja cada día para que eso pase, aunque sabe que a veces el servicio no alcanza, y eso la inquieta. Siente que cuando el servicio falla, la relación se resiente.

Ama lo que hace. Cree que, si uno no ama, mejor es dar un paso al lado. El Medio, en su visión, es transformación constante: como una luna que cambia, pero nunca deja de brillar. Su llamado es claro: más empatía, más escucha, más conexión entre lo que se ofrece y lo que se necesita.

Me gusta pensar que ese es un llamado que ya ha sido escuchado, tal vez por personas como Lina que ha hecho de esta universidad su casa. Y lo que la hace diferente, afirma sin titubeo, es el Medio. Vivió experiencias profundas como “País

Colombia” y quiere que sus estudiantes también las vivan, por más que a veces no entienda los cambios que se dan dentro de la misma organización que quiere garantizar esto y falte algo de conexión, que falten referentes de este dentro de las mismas facultades. Pero no subestima el poder de lo cotidiano. En que el medio se exprese al pasar lista, al ofrecer una escucha, al proponer una interacción real y genuina.

Ese es un sentimiento que muchos añoran, seguramente es uno que Camilo en medio de la incertidumbre y precisión de su trabajo quisiera experimentar más. Quizá por eso mismo, anhela traer paz a su equipo desde la lógica del Medio. Lo recuerdo años atrás en sus años de estudiante participando en misiones y campamentos, pero ahora desde lo administrativo y los números añora un comité del Medio que ya no existe. Quiere que los lazos no se pierdan entre las tareas, que no se pierda la humanidad entre los correos. Sabe que es difícil cuidar. Más aún, cuando a veces ni siquiera se dejan cuidar. Pero no renuncia. Dice que el Medio es al mismo tiempo un refugio y una herramienta, solo deben de pensar cómo usarla mejor.

Son estas las historias y voces que me hacen sentir siempre más parte de la universidad. Puede que esté anclado en este espacio, pero a través de ellos no me quedo en un pedazo de la historia, sino que sigo haciendo parte de esta, sin oxidarme ni perder mi firmeza. Así, sigo en *medio* de ellos. Dicen que el bronce resiste la corrosión. Y es cierto: el viento me ha golpeado, la lluvia me ha erosionado, pero aquí sigo, aún con toda la construcción que siento a mí alrededor estos días. Tal vez el Medio universitario se parezca un poco al bronce. No se desgasta si es cuidado. No se apaga si se vive. No desaparece si se sostiene entre muchos.

He oído estas historias desde mi inmovilidad aparente. Y he entendido que el Medio no puede quedarse en una definición. Es una comunidad latente. Es el espacio que se forma cuando alguien se detiene a preguntar sobre tu fin de semana en el ascensor camino a la oficina, cuando se aprende el nombre de aquellos que cuidan esta casa común, cuando se es “más javeriano”.

Tal vez, si alguien me preguntara alguna vez qué es lo más importante que sostiene esta universidad, yo no hablaría de edificios ni de bronce. Diría simplemente que aquí, lo que cuida... es lo que permanece.